

JAIME REST Y ANÍBAL FORD EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA ¿UNA ANTICIPACIÓN ARGENTINA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES DE BIRMINGHAM?

Ricardo José Diviani

Universidad Nacional de Rosario (Argentina)

Resumen

Este trabajo se propone dialogar con las perspectivas actuales que han visto en la producción de Aníbal Ford y Jaime Rest, situada en los años sesenta y setenta, la anticipación de los Estudios Culturales de Birmingham. Este es parte de una investigación más amplia sobre la formación de los estudios de comunicación en la Argentina. Se ubica, desde el punto de vista teórico-metodológico, dentro de lo que se denomina historia de las ideas e historia intelectual.

Palabras clave: Jaime Rest, Aníbal Ford, Estudios Culturales, Comunicación, Historia Intelectual.

Introducción

El historiador británico Skinner (2007; 2010) sugiere que uno de los errores más comunes en el campo de la historia de las ideas y la historia intelectual es el que denomina mitologías de las doctrinas o anticipaciones. Es decir, una *no historia* que busca en los textos y autores del pasado puntos de vistas o teorías que se adelantaron a su tiempo y a otros autores que serían reconocidos con posterioridad. Algo de esto sucede en los últimos tiempos con quienes han visto en la obra de Jaime Rest (1927-1979) y en Aníbal Ford (1934-2009) de los años sesenta y setenta –y también en los trabajos de Rivera y Romano del mismo período– la invención anticipada y anacrónica de los estudios culturales de Birmingham. Nuestra hipótesis fundamental es que si bien algunos trabajos de estos autores –que se inscriben dentro de los estudios de la cultura y la comunicación– abordaron problemáticas similares a los realizados por los autores ingleses, no se pueden considerar como anticipadores, sino, más bien, como análisis sobre la cultura con características propias, situados en particulares condiciones de producción y que respondieron a las realidades en que se realizaron.

Rest y el inicio de los estudios culturales

La producción intelectual de Jaime Rest ha sido rescatada en los últimos años desde diferentes perspectivas, que van desde la crítica literaria hasta los estudios de comunicación y cultura. A los fines de

este trabajo, nos interesa interrogar una idea que ha estado presente en algunas de estas lecturas, y que consiste en sugerir o afirmar que el autor argentino es uno de los precursores de los estudios culturales en el país.

Ante esta mirada es necesario una serie de interrogantes: ¿A qué se hace referencia cuando se dice que Rest *inauguró, anticipó, inició* o *creó* los estudios culturales en la Argentina? ¿Pueden ser estos asociados directamente a los Cultural Studies de Birmingham? ¿Qué diferencias y semejanzas guardan entre sí la obra de Rest y la de los críticos ingleses? Para contestar dichos interrogantes es necesario ir desagregando sus diferentes partes y avanzando en su definición.

En primer lugar, comenzaremos por destacar a algunos autores que, en forma explícita o elíptica, sostienen la existencia de una ligazón, más o menos clara, entre el crítico argentino y los Estudios Culturales. Al respecto, Maximiliano Crespi (2008), desde la crítica literaria, afirma:

... está aún por rastrear sus indiscutibles faenas como iniciador de la corriente de estudios culturales en la Argentina, teniendo en cuenta no solo su función de divulgación de los autores más importantes del llamado culturalismo inglés, sino también atendiendo a detenidas y minuciosas investigaciones como la desarrollada alrededor de "La pena de muerte" (56).

Aníbal Ford (1994), quien también ha sido incluido dentro del grupo de los predecesores de los estudios culturales, lo señala como uno de sus principales referentes teóricos y un formador en esta perspectiva durante los primeros años sesenta: "Y apareció mi primer gran maestro e interlocutor, Jaime Rest. El fue el maestro de muchos de nosotros. Vio con claridad las relaciones entre la cultura, los medios, las tecnologías, la política, la historia social. Con él aprendí esto último. Fue el creador de los estudios culturales en [la] Argentina" (19).

Por su parte, Florencia Saintout y Natalia Ferrante (2006) han ratificado esta idea al plantear, de forma casi accidental pero categórica, que Rest es "el creador de los estudios culturales en [la] Argentina"; mientras que Pablo Alabarces (2006) ha desarrollado una hipótesis similar en uno de sus artículos. En este caso, además de los trabajos de Rest, menciona las trayectorias de Ford, Rivera y Romano como antecedentes de los Cultural Studies.

A partir de lo afirmado por estos autores, y con el objetivo de repensar esta problemática para arribar a conclusiones más precisas, proponemos en una primera aproximación distinguir entre estudios culturales *secas* y los estudios culturales denominados de *Birmingham, culturalismo inglés* o *Cultural Studies*. Es decir, afirmar que los textos de Rest significaron un aporte a los estudios culturales, considerados en un sentido sociológico amplio, aparece como un hecho innegable, ya que en la mayoría de sus escritos se percibe con cierta claridad esa preocupación. Ahora bien, sostener que sus trabajos están vinculados de manera estrecha a figuras como las de Williams, Hoggart y Thompson y que en ellos se hace patente su rol como

precursor o *divulgador* de sus perspectivas traslada la discusión a un terreno más interesante, por el riesgo que asume, pero a la vez menos evidente y farragoso.

En este sentido, la diferenciación entre los Cultural Studies y los estudios culturales busca arrojar claridad al asunto, permitiendo trazar límites entre una “formación discursiva” –concepto que retoma Hall (1992) justamente para referirse a los estudios ingleses– y otras perspectivas que, si bien abordan los fenómenos de la cultura desde una mirada interpretativa, no necesariamente deben ser asimiladas a esta tradición. En cuanto a las posturas adoptadas por los autores que aquí presentamos brevemente es preciso aclarar que no hay una confusión de este tipo, ya que existe consenso respecto a concebir a Rest como el predecesor de la Escuela de Birmingham. Es decir, no se refieren a los estudios culturales en un sentido amplio, como un área del conocimiento que se ocupa del análisis de la cultura y la sociedad, y donde conviven diferentes posiciones teóricas y metodológicas, algo que en la obra del intelectual argentino aparece como una característica distintiva. Desde nuestro punto de vista, lo principal a la hora de fundamentar tal diferenciación es establecer los principios que definen a los Cultural Studies, y a pesar de los debates en torno a esta cuestión, señalar algunos criterios que permitan ir demarcando su especificidad.

En líneas generales, los estudios culturales ingleses implican tres aspectos: una formación intelectual basada en un proyecto, una serie de problemáticas trabajadas, y una perspectiva teórica y política. En cuanto al primer punto, los analistas que se han dedicado a reflexionar sobre este tema coinciden en que los Cultural Studies fueron mucho más que un grupo de autores y obras destacadas y en que es más adecuado pensarlos como un proyecto intelectual. Raymond Williams (1997), uno de los *padres fundadores* de esta corriente, se ha quejado de quienes solo la identificaron con algunos *textos* inaugurales y no repararon en la propuesta de base que apuntaba a la democratización de la cultura a través, entre otras cosas, de la educación para adultos realizada en los márgenes de las instituciones académicas. Claro está que este movimiento, que Williams situaba entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, se configuró en rededor de una preocupación central para la época: la transformación social en el contexto de posguerra, en donde la emergencia de la sociedad de masas y los medios de comunicación trajo aparejado cambios profundos en la tradición cultural inglesa y, fundamentalmente, en la cultura de la clase obrera. Por eso, la mayoría de los objetos trabajados, independientemente de los enfoques propuestos, fueron los de la llamada cultura popular y de masas: como la prensa popular, las revistas de entretenimiento, la publicidad, la canción, el cine y la televisión.

Hasta aquí podríamos admitir que no existe casi distancia entre esta forma de interpretar a los estudios ingleses y los análisis llevados adelante por Rest. Ambos se apartaban de la mirada tradicional de las instituciones intelectuales y académicas, para adentrarse, de una manera ecléctica, sobre fenómenos propios de la cultura de masas.

Sin embargo, esta ligazón resulta más compleja si consideramos el tipo de perspectiva teórica asumida por los intelectuales en cada lado del continente. Porque si bien el culturalismo inglés supuso la confluencia de

múltiples discursos y enfoques teóricos y, por lo tanto, constituyó una *formación inestable*, configurada por numerosas “metodologías y posiciones teóricas distintas, todas en disputa”, esto no significa, como plantea Hall, que sean abiertos o pluralistas (1992). En realidad, para determinar cuáles fueron sus principales referentes, es necesario recurrir a algunos de los textos liminares en el proceso de formación de los Cultural Studies: sobre todo, los trabajos de Raymond Williams.

Los libros de Williams, *Cultura y sociedad* (2001 [1958]) y *La larga revolución* (2003 [1961]), pretendieron, cada uno a su manera, trazar una teoría de la cultura “como una forma total de vida”. En el primero, el autor analizaba la producción literaria de una cantidad de escritores ingleses en un período que abarcaba casi doscientos años. Este tenía como objetivo comprender el proceso por el cual una comunidad le otorgaba sentido a sus productos culturales. Desde este punto de vista, la dinámica cultural debía ser interpretada en sintonía –aunque no mecánica– con la estructura social. Buscaba articular una serie de conceptos clave – como son los de “clase”, “industria”, “democracia” y “arte”– y rastrear el modo en que fueron transformando sus significados en los diferentes momentos históricos. De esta manera, analizaba el lugar que comenzaba a adquirir la llamada cultura de masas en el marco de la posguerra. Al cuestionar la idea de “masa” –sobre todo el sentido peyorativo que cargaba asociado al mal gusto y la baja calidad– apelaba a una democratización de lo cultural a partir del sostenimiento de una concepción materialista de la sociedad.

En *La larga revolución*, Williams se propuso ir más allá en su intento de construcción de una teoría de la cultura que contemplara sus tres acepciones: como proceso de perfección humana, como expresión documental del pensamiento y como un modo de vida. Esta última integraba a los demás conceptos y se oponía tanto a la visión idealista y civilizatoria que la entendía solo como creación artística, como la del materialismo vulgar que la consideraba un epifenómeno de la estructura económica. Esta idea amplia de cultura como un modo total de vida era planteada por medio de un categoría analítica que, si bien había estado presente de manera vaga en su libro *Cultura y sociedad*, se tornó fundamental dentro de su obra: el de “estructura de sentimiento”. A través de esta idea se pretendía captar y describir la experiencia común de lo vivido en una época determinada a partir del reconocimiento de los “patrones” (1) entendidos como un complejo de relaciones entre elementos heterogéneos (el arte, la política, la producción, las prácticas cotidianas, etcétera). “En cierto sentido, esa estructura de sentimiento es la cultura de un período: el resultado vital específico de todos los elementos de la organización general” (Williams, 2003 [1961]: 57).

En síntesis, ambas investigaciones se ocuparon de la siempre problemática relación entre cultura y sociedad, sus mediaciones y determinaciones, como así también de las transformaciones que se dan a lo largo de la historia, consecuencias de las luchas por la imposición de significados. Su línea de trabajo, sustentada en un diálogo permanente con el marxismo, apuntó a la elaboración de una teoría materialista de la cultura que tuvo su momento más sistemático, desde el punto de vista conceptual, en su libro *Marxismo y Literatura* (1977). A partir de sus lecturas de Gramsci, Williams abordó los fenómenos culturales

desde una posición en donde la batalla por la imposición de lo hegemónico entre formas culturales diferentes, tuvo un lugar central.

Teniendo en cuenta lo anterior, podemos reconocer que el modelo teórico elaborado por uno de los fundadores de la Escuela de Birmingham se encuentra alejado de la perspectiva formulada por Jaime Rest. Y si bien en Rest el abordaje de la relación entre sociedad y cultura es un punto nodal de sus análisis –no solamente en los trabajos que mencionamos, sino también en otros, como por ejemplo el dedicado a la novela (1967)– ese horizonte marxista y su concepción de la dimensión conflictiva y antagónica de lo social se encuentra ausente. Esto sin invalidar el compromiso con su presente político y social, expresado en trabajos como “La pena de Muerte” (1962) o en “Emotividad verbal y totalitarismo” (1968).

Sin embargo, ese posicionamiento no apela a las categorías analíticas orientadas a analizar el conflicto en el campo cultural y es ahí donde hallamos la mayor inconsistencia respecto a las afirmaciones que sostienen la proximidad del intelectual argentino a los Cultural Studies.

En general, las lecturas que vinculan al argentino con esta tradición han aportado como pruebas las citas a los escritores ingleses presentes en sus textos, su corrimiento del estructuralismo en boga por aquel entonces y su modo llano y, al mismo tiempo, ambivalente, de abordar las problemáticas de la cultura popular y de masas. Con relación a estos señalamientos podemos hacer algunas precisiones. Si bien se admite que en su texto “Situación del arte en la era tecnológica” (2006 [1961]) citaba a Hoggart, particularmente el libro *The Uses of Literacy* y en “Literatura y cultura de masas” (2) (2006 [1965]) refería tanto a ese libro como a *Culture and Society* de Williams, se puede replicar que, en la misma proporción, mencionaba a otros autores heterogéneos de habla inglesa.

Por su parte, Ford (1994) ofrece como garantía de sus afirmaciones su experiencia personal al indicar que fue Rest quien lo acercó a los textos de la Escuela de Birmingham. Asimismo, Beatriz Sarlo ha indicado que hacia mediados de los setenta era el único intelectual con el que podía compartir su interés por los estudios ingleses. Sin embargo, consideramos que el conocimiento temprano de esta corriente por parte del autor no alcanza para demostrar que fuera el precursor o introductor de los estudios culturales –en el sentido de Birmingham – en Argentina. Sobre todo porque, además de las diferencias ostensibles entre sus aparatos conceptuales, sabemos que su labor como divulgador tuvo un alcance limitado.

Es claro que el no haber cumplido un rol protagónico en el desarrollo de esta perspectiva en el país no le quita mérito a la obra de Rest, más bien lo contrario. Lo interesante de reflexionar sobre su producción intelectual es poder pensarla en su singularidad y percibir cómo ilumina, con luz propia, los artefactos y procesos culturales históricos y los de su época, sin la urgencia de recurrir a modelos externos.

No obstante, en una primera instancia, al analizar uno de sus textos paradigmáticos como es “Situación del arte en la era tecnológica” nos encontramos con una cantidad de ideas que pueden resultar remanidas y que no ofrecen una mirada de cómo en general se entendía esta problemática. Rest concebía a los medios como simples instrumentos de comunicación y consideraba que las consecuencias que tenían, por ejemplo,

en el ámbito artístico, dependían de los usos que se les daba. Más allá de estas aseveraciones, que expresaban una manera *liberal-democrática* de interpretar la cultura de masas, lo relevante del artículo era la utilización que hacía de la bibliografía citada y el tipo de ejemplos que presentaba. Al revisar la bibliografía, sorprende lo actualizado, e incluso adelantado, que se encontraba respecto a la lectura de autores que se fueron conformando como referentes en una etapa posterior, sobre todo luego de 1983 con el retorno de la democracia. No solo aparecían Hoggart y Williams, sino también McLuhan, Lowenthal, Benjamin, Adorno, Daniel Bell, Shills, MacDonald y Lazarsfeld entre otros tantos que se habían ocupado de reflexionar sobre la cultura de masas.

La amalgama y diversidad de autores convocados en este escrito se sostenía, y casi se justificaba, por el modo particular que tenía Rest de abordar la relación entre medios, arte y sociedad. En su argumentación asumía una posición ambigua a la hora de evaluar los diferentes aspectos que involucraba dicha relación. Es decir, si por un lado intuía que las tecnologías de la comunicación eran un medio poderoso para la difusión masiva de la obra de arte y que esto tenía un efecto educativo democratizador, por el otro, daba cuenta del modelo mercantilista que prevalecía en la producción cultural que limitaba sus potencialidades.

Desde este punto de vista, cobran valor otros elementos para tener en cuenta en el escrito del intelectual argentino. Se le reconoce haber prestado atención a una serie de productos culturales que hasta ese momento habían sido ignorados por parte del campo intelectual –como el cómic, la fotonovela, la radio o la televisión– y no solo para dar cuenta de su difusión masiva y recepción cada vez más amplia, sino también de sus aspectos estéticos y formales. En la medida en que la relación entre cultura y sociedad era interpretada desde la historia, es decir, a partir del vínculo entre la obra artística constituida a partir de sus propias leyes y la vida social que esta evocaba, el análisis ganaba en fuerza y sutileza. De este modo explicaba, por ejemplo, por qué algunos artefactos tecnológicos se erigían en signos de distinción social: “... poseer un receptor de televisión o demostrar vasta erudición en lo tocante a las fraguadas intimidades de los animadores e intérpretes que aparecen en los programas televisados es, en los estratos populares, un sucedáneo de autoridad intelectual y de prosperidad material” (Rest, 2006 [1961]: 36).

El otro artículo del autor, también sumamente citado, “Literatura y cultura de masas”, fue una clara toma de posición en el debate entre defensores y críticos de la cultura de masas. Contra las posturas más elitistas, Rest adoptaba una perspectiva bastante afín a la de autores como Daniel Bell (1974) o Edwar Shils (1974), y rescataba el carácter democratizador de la cultura de masas.

En este sentido, se apreciaba una mayor radicalidad en el momento de cuestionar las visiones pesimistas con respecto al presente y al porvenir cultural, reivindicando obras y géneros que permitían crear vínculos entre diferentes niveles de cultura, desde *Mafalda* hasta algunos textos de ciencia ficción. Sin abandonar su concepción instrumental, y su mirada crítica de ciertos productos culturales, en el texto se evidenciaba un intento de enfatizar mucho más que en su trabajo de 1961, los aspectos valiosos de la *cultura de masas*.

Ford y su *anticipación anacrónica*

Hasta ahora hemos matizado, e incluso puesto entre comillas, la vinculación estrecha que algunos encuentran entre Birmingham y Jaime Rest. Desde nuestro punto de vista, en este caso debería ocurrir lo mismo con la figura de Aníbal Ford. Frente a la hipótesis de Pablo Alabarces (2006), que ve en los escritos de Rivera, Romano y Ford la invención anticipada y anacrónica de los Cultural Studies, es necesario evitar las comparaciones rápidas y las igualaciones desmedidas. Para el autor, entre los estudios culturales ingleses y los autores argentinos se advierten coincidencias notorias:

... los mismos objetos –los pliegues infinitos de la cultura, historizados y pensados como ejes cruciales de las identidades culturales de las clases populares– y los mismos sujetos; hipótesis similares (particularmente la que habla de una asimetría entre emisores y receptores); e inclusive con trayectorias biográficas e intelectuales parecidas a la de los protagonistas ingleses –el origen de la crítica literaria, el desplazamiento a los objetos de la cultura de masas, el rigor y la sutileza de esa crítica volcados a los nuevos objetos; y también la preocupación por la enseñanza de adulto, y hasta en algún caso la extracción de clase y el acceso a la universidad como ascenso social (34).

Es cierto que Alabarces afirma que son “estudios culturales en clave populista y peronista”, lo que atenúa el parangón. Y aunque se reconoce que la mirada del sociólogo es provocadora y atinada en muchos aspectos, su análisis comete una pequeña *trampa*. Ubica dentro de este momento de *anticipación* a algunos textos de Aníbal Ford de los primeros años de la década del ochenta, como “La utopía de la manipulación” (1982) en los que ya citaba al Stuart Hall de “Codificar-Decodificar”, publicado en 1980. Y si bien diferencia estos dos momentos, reafirma su hipótesis sosteniendo que hubo un desplazamiento entre la versión “incontaminada” de los años setenta y la legitimada por el campo académico anglosajón de los años ochenta. En todo caso, lo que aquí ponemos entre paréntesis es la idea de *invención* acontecida en la década del setenta y no los aportes que estos autores realizaron en la etapa posterior, donde ya los postulados de la Escuela de Birmingham estaban instalados en algunos círculos académicos e intelectuales.

Sin embargo, es necesario señalar una distancia importante entre este análisis y la comparación que se hace entre Rest y los Cultural Studies. La cercanía marcada por Alabarces resulta menos forzada si tenemos en cuenta el modo en que este grupo de autores abordaron los objetos culturales y entendieron a la cultura y lo popular, como así también su mirada social y política a la hora de interpretar las producciones literarias. A diferencia de Rest –al que algunos, como Ford, llamaban su maestro–, los autores de la denominada línea *nacional y popular* realizaron intervenciones decididamente políticas y leyeron los artefactos culturales a partir del reconocimiento de la dimensión conflictiva de lo social. Así, los llamados géneros menores –como la *gauchesca*, los cuentos y canciones populares y el folletín– y los medios

masivos fueron considerados dignos de ser estudiados en el intento por comprender las relaciones complejas que unían a autores, obras y públicos, en el marco de condiciones históricas determinadas. Más aún, buscaron descubrir, a través del análisis de esos productos culturales y sus contextos, las claves que les permitieran comprender los dilemas, conflictos o rasgos que los identificaban con una época.

Por otra parte, esa lectura política tuvo como matriz el movimiento peronista, y no el horizonte teórico del marxismo como sucedió con la Escuela de Birmingham, lo cual no es una diferencia menor entre estas perspectivas. Estos autores argentinos, dada su tendencia a rescatar una tradición de tipo nacional, emprendieron el estudio de la cultura popular y de masas desde una dimensión histórica, convencidos de la necesidad del desarrollo de una industria cultural nacional y democrática (3). Y, en este sentido, valoraron las posibilidades de inclusión y acceso que brindaban estos productos a los sectores populares, por lo menos en determinadas circunstancias.

Es pertinente retomar, con respecto a esto, las clases que Ford dictó de la materia *Introducción a la literatura* en la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el período llamado la *primavera camporista* en 1973 (4). Esas clases constituyen un ejemplo claro del programa político cultural que sustentaba a esta *perspectiva nacional*, que tuvo en este autor, desde el punto de vista conceptual, a su pensador más riguroso. De aquella breve *primavera* se conservan los registros de las clases, en las cuales, proponía reformular el modo de pensar a la literatura, incorporando como dimensión fundamental el análisis de la cultura y la reflexión sobre los medios masivos. En ellas expone su concepción de la labor docente, como así también de los objetos y tipos de abordajes que creía pertinente introducir en el ámbito académico.

En este sentido, el primer aspecto novedoso para destacar era la necesidad de ampliar el concepto de literatura –demasiado atado aún a valoraciones otorgadas por las *clases dominantes*– y de trabajar principalmente sobre el de cultura. En otras palabras, se trataba de analizar la cultura y los procesos históricos desde la matriz del conflicto social, lo que permitía introducir a todos aquellos objetos y fenómenos que la academia había marginado hasta ese entonces. Se producía, de esta forma, un doble desplazamiento. Por un lado, y en contraposición a los modelos idealistas y elitistas, del economicismo y materialismo vulgar que adscribían a las *teorías del reflejo*, Ford consideraba que la cultura debía ser interpretada a partir de la perspectiva antropológica: “Esta, en un primer sentido, define como cultura todo aquello que no es naturaleza: las creencias, las técnicas de trabajo, las costumbres, las formas de organización social, la literatura, las formas de pensamientos, la religión, las instituciones, la vida cotidiana, etc.” (Ford, 2005 [1973]: 53). A este concepto antropológico le sumaba, además, el punto de vista de la historia social. No porque pretendiera estudiar todo aquello que la antropología entendía como cultura, sino porque buscaba indagar en esos espacios donde se desenvuelven las luchas históricas entre los grupos dominantes y las clases oprimidas, entre los que organizan y definen la cultura y aquellos que resisten y se

manifiestan. De este modo, los aspectos políticos y programáticos aparecían enunciados desde la primera clase:

Se trata también de seguir ciertos ejes. El primero de ellos se concentra en el rescate, la afirmación, el apoyo a la cultura nacional y popular, entendida como parte de la formación de una conciencia nacional, antiimperialista y antioligárquica, como parte directa o mediatizada de las luchas contra la explotación y alienación, como substrato y proyecto, desde sus formas más precarias hasta sus formas más avanzadas, de lo que será algún día la cultura de la patria liberada (62).

Por el otro lado, los objetos analizados conformaban el universo de la industria cultural y de masas en el país. Respecto a este punto, el autor afirmaba que los sectores dominantes llevaban adelante, no sin contradicciones ni conflictos, diversas acciones culturales que, más allá de sus objetivos económicos o políticos primeros, podían ser pensadas desde las posibilidades que abrían para la instrucción y educación de los sectores populares. De esta manera, se admitía que el consumo de folletines, cancioneros populares o radioteatros, por ejemplo, habían ofrecido importantes oportunidades para avanzar en la democratización de la cultura y la inclusión social. No solo habilitaban el acceso y disfrute de los bienes simbólicos a los sectores populares, sino que al filtrarse en dichos productos experiencias y lenguajes de las clases subalternas, colaboraban minando los valores de la alta cultura. Por eso, decía Ford, en ciertos momentos de la historia:

... hay que establecer diferencias entre la industria cultural imperialista norteamericana y la industria cultura nacional. En ciertos momentos de nuestra historia esta última actúa como un elemento que no contradice, sino que en cierta medida apoya, fortalece, los procesos nacionales y populares, como pasó en la Argentina hacia 1940 (56).

Si la cultura era el centro de la problemática, se debían tomar en cuenta –además de la literatura y los fenómenos mediáticos vinculados a la televisión, el cine, la radio o el periodismo– los sistemas de creencias, la ideología y las prácticas en las que se sustentaban. Por lo tanto, es inevitable hablar en esta etapa del proceso de *fundación* de los estudios culturales en el país; estudios que luego serán dominantes en la academia durante los años ochenta, aunque sin contar con ese componente decididamente político que los convocaba a la *lucha antiimperialista*. Pero si bien existían algunos rasgos que acercaban esta perspectiva al modelo de la Escuela de Birmingham –particularmente la intención de estudiar la relación entre lo popular, lo masivo y lo dominante– es evidente que había diferencias notorias.

La distancia que separaba a ambas *corrientes* no era solo conceptual, tenía que ver en gran medida con las particulares condiciones en las que cada una tuvo que intervenir. Si Raymond Williams, por ejemplo, se ocupó de desentrañar las claves de la tradición, de las instituciones culturales y de la experiencia como

forma de generación de conciencia teniendo en cuenta las vicisitudes de la historia inglesa, lo planteado por Ford en sus clases –como en la mayoría de sus textos– tenía una conexión directa con la posición del país como nación dependiente y su lucha por la liberación nacional desde una posición política afín al *peronismo de izquierda y combativo*. En este sentido, el autor analizaba la cultura desde una perspectiva más *contaminada* por la política de *corte nacional y popular* que la de los teóricos ingleses de principios de los años sesenta, cuyas intervenciones eran más de tipo académicas y conceptuales.

Conclusión

Desde un punto de vista estricto, en realidad habría que decir que no se puede hablar de la presencia de los estudios culturales de Birmingham en la Argentina hasta la llegada de la revista *Punto de Vista* a fines de los años setenta (5). A pesar de que Rest hizo referencias a autores como Hoggart y Williams ya en los sesenta, demostrando haberlos leído con atención, y que pudo haber contribuido a la circulación de algunos de sus textos emblemáticos, entendemos que no son motivo suficiente para presentarlo como un divulgador o iniciador de esta corriente de pensamiento en el país. Lo mismo sucede con la figura de Aníbal Ford, a quien si bien los autores ingleses pudieron haberlo influenciado en algunas de sus ideas, la matriz de su pensamiento era otra. Lo cual tiene lógica si consideramos que eran las condiciones del campo intelectual argentino de aquel período las que hacían casi imposible que las ideas del culturalismo inglés pudieran ser apropiadas y utilizadas en sus intervenciones y reflexiones sobre la realidad política y cultural del momento. La perspectiva marxista sostenida por los *Cultural Studies*, en tanto no promulgaba una ruptura radical del orden establecido por la vía revolucionaria no brindaba herramientas para interpretar y dar respuestas al contexto social de las décadas del sesenta y setenta, caracterizado por la radicalización de las posiciones políticas y el incremento de la violencia en el conflicto social.

Por el contrario, el sustento teórico lo aportaban tanto el existencialismo, con su noción del *intelectual comprometido*, como el estructuralismo, que habilitaba la crítica ideológica y el análisis del funcionamiento de los *aparatos ideológicos* del estado, e incluso las tendencias nacionales que adscribían al peronismo como movimiento revolucionario.

Notas

1) "... la palabra clave es patrón: cualquier análisis cultural útil se inicia con el descubrimiento de un tipo característico de patrones, y el análisis cultural general se ocupa de las relaciones entre ellos, que a veces revelan identidades y correspondencia inesperadas entre actividades hasta entonces consideradas por separado, y en otras ocasiones muestran discontinuidades imprevista" (Williams, 2003 [1961]: 56).

2) Este texto luego apareció originalmente con el nombre de "Alcances literarios de una dicotomía cultural".

3) El peso de esta idea no significa que estuviera exenta de consideraciones críticas más radicales, que más de una vez cedían a la *utopía* de la manipulación al denunciar que los medios de masas alienaban a los hombres.

4) Se denominó Primavera Camporista a los cuarenta y nueve días transcurridos entre el 25 de mayo, día de asunción de Cámpora al gobierno en 1973 y el 13 de julio, momento en que renuncia. En ese período, denominado primavera por el carácter festivo y de nuevos aires que anunciaban cambios profundos en sentido revolucionario, la juventud peronista de izquierda logró ocupar espacios institucionales de importancia, con decenas de diputados, influencia en gobernaciones y peso en algunos ministerios. También, una presencia inmensa en las universidades.

5) La revista que dirigió Beatriz Sarlo dio un lugar destacado a la divulgación de los trabajos de esta tradición inglesa. Desde el N.º 6, publicado en el año 1979, en donde se presentó un reportaje realizado a Richard Hoggart y Raymond Williams, los autores ingleses tuvieron siempre una gran presencia, tanto de forma explícita (traducciones, comentarios, etcétera) como implícita, a partir de la influencia que ejercieron en muchos de los que allí escribieron sobre crítica literaria y política cultural.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2006), "Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la argentina", *Revista Argentina de Comunicación*, año 1, N.º 1, Argentina, Prometo.
- Bell, D. (1974), "Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales", en AA.VV., *Industria cultural y sociedad de masas*, Caracas, Monte Ávila Editor
- Crespi, M (2009), "Jaime Rest: Ficción e imaginación crítica", *Boletín de estética*, Centro de Investigaciones Filosófica, Programa de Estudios en Filosofía del Arte, N.º 8, marzo.
- Ford, A.; Rivera, J. y E. Romano (1982), "La utopía de la manipulación", en *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- Ford, A. (1994), *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ford, A. (2005), *30 años después*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata.
- Hall, S. (1992), Estudios culturales y sus legados teóricos, Publicado como "Cultural Studies and its Theoretical Legacies", en Lawrence Grossberg, Carry Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies* (Traducido por Carmelo Arias Pérez), Londres, Routledge, pp. 277-294. Disponible en: <www.ram-wan.net/restrepo/teorias-soc-contem/eccs.doc> [Consulta: marzo de 2013].
- Rest, J. (1962), "La Pena de muerte", *RUBA*, 5ta época, VII. 3.
- Rest, J. (1968), "Emotividad verbal y totalitarismo", en *Tres autores prohibidos*, Buenos Aires, Galerna.
- Rest, J. (1961), "Situación del arte en la era tecnológica", en *Arte, literatura y cultura popular*, Buenos Aires, Norma, 2006.
- Rest, J. (1965), "Literatura y cultura de masas", en *Arte, literatura y cultura popular*, Buenos Aires, Norma, 2006
- Rest, J. (1967), *La novela tradicional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Saintout, F. y N. Ferrante (2006), "Los estudios de recepción en la Argentina hoy: rupturas, continuidades y nuevos objetos", en Florencia Saintout y Natalia Ferrante (comps.), *¿Y la recepción? Balance crítico de los estudios sobre el público*, Buenos Aires, La Crujía.

- Shills, E. (1974), "La sociedad de masas y su cultura", en AAVV, *Industria cultural y sociedad de masas*, Caracas, Monte Ávila Editora.
- Skinner, Q. (2007), *Lenguaje, política e historia*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes.
- Skinner, Q. (2010), *Hobbes y la libertad republicana*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes.
- Williams, R. (1997), El futuro de "estudios culturales", en *Política del modernismo*, Argentina, Manantial.
- Williams, R. (1958), *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- Williams, R. (1961), *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
- Williams, R. (1977), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.